

Mas bien persuadido de la insuficiencia, tanto de sus apologías como de sus amenazas, y proporcionando los medios de defensa al riesgo en que se encontraba; despues de haber renovado la escomunion contra el Rey, y el entredicho sobre la Francia, absolvió á los franceses del juramento de fidelidad, dió el reino al Rey de romanos, Alberto, hijo del Emperador Rodulfo, escitó fuertemente á los ingleses, flamencos, aragoneses y sicilianos, todos enemigos de la Francia, y lo puso todo en movimiento intentando destronar á Felipe.

51. Nada señaló mejor el grado de odio ó de espanto del Papa, que su súbita reconciliacion con Alberto de Austria. Fue elevado este Emperador en 23 de Junio al lugar que ocupaba Adolfo de Nassau, objeto de desprecio entre sus vasallos. No cesó este Pontífice en el discurso de cinco años que tenia las riendas del imperio de oponerse fuertemente á su eleccion, á pesar de haber muerto Adolfo en 2 del Julio siguiente, en una batalla dada por Alberto. Bonifacio no calificaba de otro modo al vencedor, que de súbdito rebelde, y de parricida del Rey de romanos. Su interés le hizo tomar un tono y una conducta del todo diferentes. Aprobó la eleccion de Alberto, su coronacion en Aquisgran, y el egercicio de la autoridad real en que estaba cinco años habia; supliendo, segun decia, con la potestad de su Silla todo lo que pudiera haber sido defectuoso en esta eleccion (1). Mas sosteniendo siempre su al-

(1) *Rain.* 1303. num. 9. et 10.

tivo carácter, exigió que Alberto reconociera que el imperio romano habia sido transferido por la Sede apostólica de los griegos á los alemanes en la persona de Carlo-Magno: que el derecho de elegir Rey de romanos destinado á ser Emperador, se habia otorgado por la misma autoridad á ciertos Príncipes eclesiásticos y legos; y que los Príncipes, tanto Reyes como Emperadores, recibian igualmente de los Papas el poder de la espada material. Además exigió el juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, la confirmacion de todas las concesiones y de todas las promesas hechas á la iglesia romana por los Emperadores anteriores, y una obligacion expresa de defender los derechos de la santa Sede contra sus enemigos, aunque fuesen Soberanos, de no hacer ninguna alianza con ellos, y de tomar al contrario las armas contra los mismos si el Papa lo ordenara: cláusula manifestamente inserta contra Felipe el Hermoso.

Aunque Alberto tuvo la debilidad de sujetarse á estas condiciones humillantes, no pudo obligarle el temor de estas reclamaciones y del resentimiento de Bonifacio á declararse formalmente contra su amigo, su defensor y su aliado. Estaba enlazado con la hermana de Felipe, Blanca de Francia: blason que apreció hasta renunciar los derechos antiguamente usurpados por el imperio sobre lo que antes se llamaba el reino de Arlés. Por su parte el Rey le habia sostenido constantemente contra los partidarios de Adolfo de Nassau, y no era este uno de los meno-

res motivos de queja del violento Pontífice contra Felipe el Hermoso. Por estas consideraciones de honor y de reconocimiento, tan dignas del alma de los Príncipes, y tantas veces sin eficacia con su política, el generoso Alberto, en el punto en que le exigieron el cumplimiento de su vaga promesa, declaró que guardaría su alianza con su amigo y su cuñado, y se negó á las claras á servir de instrumento á la venganza del Papa.

52. Entanto que el fuego de la discordia se atizaba de este modo por ambas partes, algunos nobles franceses, mas propios para los golpes repentinos que para las disposiciones maduras del consejo, se ofrecieron á dar cabo á esta diferencia de un modo militar, apoderándose de la persona de Bonifacio. Nogaret que se habia encargado de significarle la apelacion, quiso tambien tener la honra de llevarle preso al concilio. Pretestando disponer una reconciliacion entre el Papa y el Rey, recorrió la Italia á fin de formarse en ella cómplices entre los señores, descontentos del imperioso Pontífice en crecido número, y sobre todo entre los gibelinos perseguidos sin ninguna consideracion. Formada en breve tiempo la tempestad, Jacobo Colonna, por sobrenombre Sciarra, esto es, bota-fuego, pasó á encontrar á Nogaret cerca de Sena. Era sobrino del cardenal Jacobo Colonna, y primo hermano de Pedro Colonna, tambien cardenal, reducidos ambos por Bonifacio al miserable infortunio, por haber dicho que Celestino no pudo renunciar el

pontificado, y que su fingido sucesor no era verdaderamente Papa (1). Habian sido despojados del cardenalato, de todas sus dignidades y de todos sus bienes: los palacios y todas las casas de los Colonnas fueron destruidas en Roma, se predicó contra ellos la cruzada, su ciudad de Palestina fue arruinada, y los dos prelados, con sus distinguidos deudos, precisados á andar errantes fuera de su patria, como miserables fugitivos. Sciarra cayó en su fuga en poder de unos corsarios, y se vió reducido á la mas dura esclavitud, que quiso mas bien soportar que no descubrirse con riesgo de volver otra vez á manos del Papa. Mas el Rey Felipe tuvo noticia de su desgracia, y le libró de ella: rasgo de humanidad que el Papa no se avergonzó de atribuir al Rey como un crimen. Aun cuando la pureza de intencion de Felipe hubiera sido mas sospechosa, la calidad de Vicario del buen Pastor en Bonifacio, ¿no exigia los aplausos, ó á lo menos bastante imperio sobre sí para tener á raya sus quejas? El desgraciado Pontífice tuvo bien presto motivo de hacerse estas reconvenciones á sí mismo.

Movido Nogaret por Sciarra Colonna, partió al frente de trescientos ó cuatrocientos caballos y de muchas compañías de infantería, y se presentó muy de mañana el 7 de Setiembre delante de la ciudad de Anagni, donde el Papa estaba entregado á negocios muy diversos. Acababa de estender una bula mas rigurosa que todas las anteriores, y que de-

(1) *Rain.* 1297. num. 35. = *Villan. lib. 8. cap. 21. et 23.*

bia publicarse al dia siguiente, fiesta de la Natividad de la Virgen. Despues de espresar en ella que en calidad de Vicario del Hijo de Dios tenia el poder de regir á los Reyes con la vara de hierro, y de estrellarlos como vasos de tierra, declaraba á todos los vasallos del Rey Felipe absueltos del juramento de fidelidad, les prohibia bajo la pena de excomunion el obedecerle, y anulaba todas las confederaciones que pudiera haber hecho con otros Príncipes (1).

Tenian dentro de la ciudad Nogaret y Colonna inteligencias que les franquearon las puertas. Entraron sin embarazo acompañados de sus tropas, las cuales gritaron desplegando el estandarte de Francia: *¡Viva el Rey Felipe; muera Bonifacio!* Reunióse el pueblo á los soldados y gritó como ellos. Aporráronse con tanta prontitud de los diversos puntos de la ciudad, que el Papa solo conoció por el tumulto el inminente riesgo que corria. Tampoco costó mayores esfuerzos la rendicion del palacio pontificio. Casi todas las gentes del Papa, criados, oficiales, los mismos cardenales, de los cuales algunos, á lo que dicen, estaban de acuerdo con los franceses, todos se pusieron en fuga ó se mantuvieron escondidos. Acreditó el Pontífice todo su valor. *Soy vendido como Jesucristo*, dijo: *moriré, si es preciso, pero á lo menos moriré como Papa.* Al punto se hizo revestir de la capa llamada de San Pedro, se puso la tiara sobre su cabeza, tomó las llaves y la

(1) *Differ. pag. 184.*

crúz, y se sentó en esta forma sobre la Cátedra pontificia, acompañado solo de dos cardenales, Nicolás Bocassini y Pedro de España. Cuando Nogaret hubo entrado, fingió una moderacion que no esperaban, y mostró haber olvidado su carácter belicoso, para dedicarse solo á llenar el de togado (1). Declaró tranquilamente al Papa en presencia de todos la acusacion y procedimientos hechos en Francia contra él: que se le creía convicto, pues que no se habia defendido; pero que debiendo ser juzgado por la Iglesia, se le prendia para ser presentado al concilio general que habia de celebrarse en Leon. Que con este único fin se le pondrian guardias, sin que tuviera cosa alguna que temer contra su vida. Estoy muy determinado, añadió formalmente Nogaret, á conserváros la contra el furor de vuestros enemigos. No fue tan dueño de sí mismo Colonna: cargó al Pontífice de injurias, le quiso obligar á renunciar el pontificado, y como Bonifacio respondiera que moriria primero, y ofreciese su cabeza al cuchillo, el violento italiano le dió en el carrillo un manoplazo, y le hubiera muerto á no impedirlo Nogaret (2). Mas este caudillo mal obedecido en tan gran confusion, no pudo evitar el saqueo de los muebles del Papa y de su tesoro, que era inmenso segun lo que publicaron.

53. Abrieron los ojos á los ciudadanos de Anagni tantas indignidades. Horrorizáronse al ver tratar

(1) *Differ. pag. 247.* (2) *Thom. Valsing. hist. pag. 87.*

dé esta manera la Cabeza de la Iglesia, que por otra parte era su compatriota. Noticiosos del corto número de franceses, tomaron las armas al cabo de tres dias, y principiaron de repente á gritar: *Viva el Papa y mueran los traidores!* En pocos momentos fueron evacuados el palacio y la ciudad, aunque no sin resistencia, ni sin que costara la vida á muchos franceses.

54. Empero la suerte de Bonifacio libertado no vino á ser más favorable. Partió para Roma despedido, fuera de sí y sofocado del dolor. Acometido de una calentura ardiente, murió el dia 11 de Octubre siguiente, después de haber satisfecho los deberes del cristianismo, y declarado, según algunos autores, que para imitar al Salvador del mundo, olvidaba del todo los ultrages que habia recibido. Por lo demás, la multitud de historiadores varían prodigiosamente acerca de las verdaderas disposiciones de este Papa en aquella situación decisiva. Su muerte habia de desatar al parecer este nudo fatal: mas no tardaremos en ver que el resentimiento de los Reyes ó de la defensa de algunos intereses, se estiende más allá del sepulcro. Nunca se cumplió mejor que en esta ocasión la terrible profecía del Evangelio relativamente á la necesidad del escándalo; mas la Sabiduría eterna, permitiendo éste, se ha dignado dejarnos entrever sus intentos. A pesar de todas las empresas anteriores de los Papas para sujetar á sí las coronas, sobre las cuales pretendian tener títulos particulares, se ha mante-

nido con tal integridad la independéncia temporal del imperio francés, que los Pontífices romanos no pueden derogar en él ninguna cosa, sin querer acreditarse evidentemente de Monarcas universales. Opuso una barrera insuperable al mas osado de ellos el vigor de Felipe el Hermoso. Este debate escandaloso produjo ciertamente efectos deplorables: mas tambien puede decirse que ganó una ventaja inestimable á la Iglesia y al trono. Apenas se han visto desde esta época renovar las pretensiones, ó á lo menos por la via de hecho de parte de los Papas, sobre lo temporal de los Principes. Entonces fueron relegadas á la clase de especulaciones escolásticas y ociosas las máximas tan largo tiempo seguidas de Gregorio VII y de muchos de sus sucesores. Sin duda fue violento el remedio, pero el mas propio sin embargo á la gravedad del mal. Este es el punto en que importa no alterar, entre las dos potestades establecidas igualmente de Dios, la armonía y la concordia tan ventajosas á una como á otra.

55. El propio año en que murió el Papa Bonifacio, San Ivo, en su estado modesto y pacífico de cura del campo y de defensor de los pobres, tuvo una muerte mucho mas deseable á los ojos de la fe (1). Después de haber hecho profundos estudios en París, tornó á Bretaña su patria, y fue nombrado oficial eclesiástico de la curia de Rennes. El obispo de Treguir, de quien era diocesano, le llamó á su lado, movido de la reputacion de sus ta-

(3) *Vit. ap. Boll. tom. 15. pag. 538.*

lentos; le dió el mismo encargo en su diócesi, y añadió á él el gobierno de una parroquia. De esta manera fue oficial y cura á un tiempo por espacio de diez y ocho años, sin que la una de estas funciones importantes le hiciera olvidar la otra. Instruía de continuo, no solo en su iglesia, sino en otras bastante lejanas, viajando siempre á pie por espíritu de penitencia, y predicando algunas veces dos ó tres sermones al dia. Despachaba en los asuntos prontamente á las partes, hacia todos sus esfuerzos para conciliarlas, se armaba de valor en favor de la justicia, y en particular de las personas indefensas, egercia gratuitamente las funciones de abogado de pobres, y con el empleo de oficial tomó la costumbre de distribuirles todos sus emolumentos. Tambien les daba todo el producto de su beneficio, y casi todo el de su patrimonio que era grande. La ventaja de ser descendiente de una familia noble y opulenta, no le servia sino de hacerle mas generoso y compasivo. Tal era su ternura con los desgraciados, que les edificó una casa donde llenaba todos los deberes de la hospitalidad, y les hacia comer en su compañía. Llevaba una vida la mas penitente en medio de tantos trabajos. Desde niño se abstuvo de carne y de vino, y conservó desde entonces la costumbre de ayunar el viernes. Por espacio de quince años ayunó á pan y agua toda la cuaresma y adviento y otros muchos dias del año. Tan solo se entregaba al sueño cuando estaba rendido de fatiga; y entonces se echaba

vestido sobre un haz de mimbres ó sobre un poco de paja, no teniendo sino una piedra, ó á lo mas un libro por cabecera. Murió de edad de cincuenta años, y fue canonizado cuarenta y cuatro años despues por el Papa Clemente VI. El buen olor de sus virtudes esparcido, no solo en Francia, sino tambien en Flandes y en Italia, movió á los jurisconsultos y abogados á elegir en un estado tan diverso del suyo este digno patron.

56. Observóse con puntualidad el reglamento de Gregorio X para la eleccion de los Papas en la eleccion de sucesor de Bonifacio VIII: al cabo de diez dias y en el primero del cónclave, á 22 de Octubre, eligieron unánimemente al cardenal Boccasini, del órden de frailes predicadores, que tomó el nombre de Benedicto XI: Pontífice de un carácter enteramente opuesto al de Bonifacio, de una estremada dulzura, de una prudencia enteramente evangélica, de una penetracion acertada, y de un espíritu justo, que no se propuso por máxima, tan ariesgada en las circunstancias, respetar hasta los extravíos de su predecesor. Al contrario, miró como la cosa mas urgente apagar el incendio escitado por Bonifacio: absolvió al Rey Felipe, aun antes que este Príncipe lo pidiera; alzó el entredicho del reino, y restableció en él todos los privilegios, revocó las bulas anteriores, y aniquiló sin escepcion alguna los mas violentos efectos de su resentimiento, aun con respecto á los Colonnas. Pero es mucho mas fácil prevenir algunos males que curarlos. No podia cer-

rarse con toda la prudencia de Benedicto la herida hecha en el corazón de Felipe, cuyo pontificado fue por otra parte muy corto para conducir este árduo negocio á su fin. Murió envenenado, segun dicen, al cabo de ocho meses y medio, el 6 ó el 7 de Julio de 1304. Estuvo despues de su muerte vacante la santa Sede cerca de once meses, por la division de los cardenales en dos facciones casi iguales, de las cuales la una queria un Papa favorable al partido de Bonifacio VIII, y la otra un amigo de Felipe el Hermoso.

57. En este intervalo, Juan de Monte-Corvino, ocupado quince años habia en su ministerio de misionero en las regiones mas orientales del Asia, hizo llegar á manos de los religiosos de San Francisco sus compañeros una relacion, pidiendo la comunicaran al Papa y á los cardenales. Habia segun esta carta entrado primero en la India, y habia pasado mas de un año cerca de la iglesia del Apóstol Santo Tomás; esto es, en Meliapour sobre la costa de Coromandel, donde bautizó un centenar de personas. Murió en este lugar su compañero fray Nicolás de Pistoya, y fue sepultado en la iglesia. Quedó solo, y su valor arrostrando todos los trabajos y riesgos, le hizo penetrar hasta el Catai; esto es, hasta las provincias septentrionales de la China, que no tomó este nombre hasta el año de 1516, cuando los portugueses la descubrieron. Parece que el proyecto de conquista formado sobre aquellas vastas regiones por Mangou, gran kan de los tártaros, cuan-

do cedió el Asia occidental á su hermano Houlagon, le salió segun ansiaba, ó al menos á otro de sus hermanos llamado Kublai; pues él murió al tiempo de dar el asalto á la plaza de Setchou. Juan de Monte-Corvino penetró hasta la ciudad de Chambalú, hoy Pekin, donde el Emperador de los tártaros tenia su residencia. Arreglándose al tenor de las cartas de Nicolao IV, de que fue portador, exhortó á aquel Príncipe á abrazar el cristianismo; mas le encontró muy arraigado en la idolatría, y no pudo conseguir abrirle los ojos. Fue recibido sin embargo de él con mucha bondad, y obtuvo innumerables beneficios en favor de los cristianos. Tenia plena libertad para predicar la fe. Edificó una iglesia en Chambalú, y aun puso una campana que tocaba á todas las horas del oficio divino. El Emperador recibia cierta complacencia en oír cantar á los niños que el sagáz misionero habia enseñado por sí mismo, y que llevaban el coro con tanta armonía, que no era necesaria la presencia de su maestro. Despues de once años de cultivo en aquella tierra inculta, contaba haber bautizado cerca de seis mil personas.

Añade en sus epístolas Monte-Corvino, que á no haber sido por la envidia y las invenciones calumniosas de los hereges nestorianos, hubiera hecho conversiones aun mucho mas numerosas. Espelidos aquellos obcecados hereges tanto tiempo habia de las provincias romanas, buscaron al principio su refugio entre los persas, enemigos declarados de los

